

# LA LUZ DEL PORVENIR.

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Etrangero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 23, imprenta.

SUMARIO.—¡Gracias a Dios! A lo anónimo.

## ¡GRACIAS Á DIOS!

Muchas veces hemos dicho, (especialmente en nuestras *Conferencias*), que teníamos fundadas esperanzas en el engrandecimiento de la mujer; y qué estábamos plenamente convencidos, que muchas mujeres seguirían nuestras huellas en la senda del libre pensamiento. Nuestros pronósticos ¡gracias á Dios! se han cumplido; algunas tímidas violetas se han atrevido á exhalar su dulcísimo perfume escribiendo sus delicadas impresiones, y como bandada de palomas ensayando el vuelo, han extendido sus alas alejándose algun tanto de las torres de los templos donde antes tenían su nido; pero le estaba reservado á Rosario de Acuña realizar nuestros hermosos sueños.

Rosario de Acuña es la hija de nuestro pensamiento; amábamos su génio sin haber tenido el placer de leer sus producciones, ni de ver sus triunfos en el teatro, mas siempre que la Prensa encomiaba su talento nuestro espíritu se enorgullecía y se daba la enhorabuena. ¿Por qué? ¡quién sabe! quizá durante la noche mientras su cuerpo se entregaba al descanso, él veía los acontecimientos cercanos, y contemplaba á la jóven libre pensadora escribiendo páginas inmortales que habian de causar una verdadera revolucion; por que Rosario de Acuña reúne todas las condiciones necesarias para impresionar profundamente y despertar el entusiasmo hasta en aquellos que dicen. «A la vida le doy *nada* por *nada*.»

Es un alma indomable por su fuerza moral; reflexiva, prudente, observadora y analítica; cada pensamiento suyo es una sentencia; cada palabra una demostracion de la verdad. Y Rosario de Acuña es española! nos pertenece su gloria en absoluto!

Necesitaba España una mujer como ella; y el libre pensamiento un espíritu de su temple; una inteligencia tan bien equilibrada como la suya; una energia verdaderamente varouil, dulcificada por el sentimiento, inseparable compañero de la mujer.

Una firmeza de voluntad inquebrantable, ayudada por una fé racional; un amor indescriptible al progreso secundado por el nobilísimo afan de la enseñanza. Rosario de Acuña es el tipo perfecto de la mujer del porvenir.

En la hoja adicional del número 117 de «Las Dominicales» publicó el 3 de mayo último un artículo dedicado «A LO ANÓNIMO» donde no se sabe que admirar mas si la belleza de sus conceptos, si su sátira ingeniosa, si la exactísima pintura de la terrible lucha que tiene que sostener la mujer libre pensadora, ó el atrevido vuelo de su espíritu, que en alas de su razon hiende los aires, buscando en los espacios infinitos atmósferas luminosas donde saciar su sed inextinguible de justicia, de amor y de verdad!

Rosario de Acuña ha herido á fondo, ha herido de muerte á ese enemigo invisible de todos los apóstoles del progreso; y tenemos un placer y hasta nos parece que una obligacion sagrada nos lo impone el reproducir su notabilísimo artículo en LA LUZ DEL PORVENIR periodico de humilde abolengo, pero de muy buena voluntad.

Nosotros queremos el progreso de la mujer, por eso queremos y admiramos á Rosario de Acuña, por que nos hace decir: ¡Gracias á Dios! el libre pensamiento está de enhorabuena, ¡cuán bello es el presente! sonrisa precursora del júbilo inefable que nos reserva el porvenir!

Lectoras de La Luz, leed y estudiad detenidamente el artículo que copiamos á continuación.

## Á LO ANÓNIMO.

Apreciable é incógnita criatura, que existes en la sombra, á ti te dirijo la presente. Tú dirás, y contigo mis compañeros de redaccion, que de dónde te ha venido la suerte que te concede la sin igual ventura de que yo pare mientes y maneje pluma para contestarte, personificando tu vaga y fantástica individualidad. A tí, como á ellos, les responderé sobre el particular diciendo, que no achaquen á tu suerte el que me meta contigo en contestaciones: acháquenlo á esta mi mansedumbre en no tomar por inferior á ninguna criatura que, siquiera en formas, sea considerada como racional: y acháquenlo tambien á una cosa que bulle dentro de mí, que pudiera llamarse monomanía de la enseñanza. Es el caso, que no puedo resistir al lado mio el mas pequeño conato hácia la insensatez ó necedad, sin que al punto salte en mí una, á modo de comezon, por establecer cátedra donde quede dilucidada la verdad, confundido el ignorante y desahogado mi entendimiento. Todavía, y á pesar de estas explicaciones sobre el por qué te contesto, se les ocurrirá á mis buenos amigos la objecion de que es indecoroso andar en réplicas con *lo Anónimo*; pero como por una vez todo les es permitido á los mortales, me creo autorizada, en mi cualidad de tal, á cometer tamaña imprudencia, diciéndoles á ellos, como á tí, que no volveré á repetirla.

Por fortuna vivo rodeada de fidelísimos servidores, tan fieles, que los creo capaces de dejarse matar por mí. Pues bien; no hará ménos de cinco años, cierto dia por cierto motivo, llamé al mas anciano de todos, que ya frisaba en los 60, y le dije que desde aquella fecha en adelante abriera toda mi correspondencia, incluso los certificados, cuyo sobre firmo despues de sacar él su contenido, que la leyese toda, y que aquellas cartas simples ofensivas ó indecentes que encontrase entre ella, y ya firmadas ó sia firmar, vinieren de ese ente inmoral de necesidad, llamado *lo Anónimo*, no me las entregara y las destinase á los usos reservados de su incumbencia. Así se hace al pié de la letra desde entonces, y con esto, todo hijo de tan mal padre que pretendiendo hacerme perder un cuarto de hora ó darme un mal rato, me dirige la consabida cartita, se queda con las ganas de ambas cosas y además guardado en oloroso camarín. Mas con todo lo dicho, como sé que existes indubitablemente, porque te huella mi pié en el lugar que te corresponde, por una sola vez voy á adivinarte y contestarte, señor *lo Anónimo*.

Pero ven acá, inocentón que eres, con todo tú presumir (y permite que de cuando en cuando use de algunos calificativos en los cuales te ruego no veas segunda intencion, sino una pacífica y bondadosa caridad, tan profunda y tan mansa como la del evangelio de los cristianos), ven acá y dime: ¿qué te propones al endilgar las advertencias, lamentaciones, consejos, y hasta amenazas, que son de rúbrica en tus escritos enmascarados? ¿Presumes que, si la aduana que me los deconisa no existiera, y estos mis ojos que la tierra, el mar, ó el fuego se tienen que comer los revisaran, llevarian al fondo de mi alma un conato de compuncion mística, capaz de dar con mi cuerpo en los mismísimos desiertos de la Tebaida? ¿Piensas, pobre simplon, que tus frases enconadas, por mucha podredumbre que en ellas hubieres puesto, podrian

conmover, como descarga eléctrica, todas las ramificaciones de los ganglios de mi individuo? (Te diré, porque *lo Anónimo* no suele estar fuerte en anatomía, que estos ganglios son una cadena de nervios, que se extiende por ambos lados de la columna vertebral, y aun por grupos importantes en las demás cavidades y vísceras del cuerpo humano.) ¿Supusiste, acaso, mientras vertias tu miseria en el papel, que acá, dentro de mi ser, resonaria tu voz, si lograra penetrar, como en caja vacía, y con el compungimiento y los pucheros entrecortados de un niño á quien se le escapa un pájaro, iba á encontrarse ante lo sibilitico de los tristes augurios que estilas de ordinario, con que se me habian volado del magin las idealidades sobre la inviolabilidad de la conciencia humana? ¿O es que te imaginastes, pobrete, que con decirme acaso *que usurpo los destinos del hombre*, que viene como de molde cuando se escribe á una mujer, caeria, como suele decirse, de mi burro (que para tí un burro debe ser algo así como mi orgullosa ignorancia), caeria, repito, del burro de mi ignorancia, y con lágrimas como puños, y un *¡no lo volveré á hacer mas!* habia de ir, contrita y ruborosa, á besar la mano á los redactores de LAS DOMINICALES, despues á todos sus colaboradores, y aun á todos cuantos varones encontrase por esos mundos de Dios para que me diesen la absolucion del pecado de haber pretendido usurparles sus destinos? ¡Calla, tontin, y piensa con despacio en tus intenciones y verás que acusan, sobre todo, una candorosa ignorancia!

¡Sí, hombre, sí! solamente una ignorancia sacristanesca, vulgo supina ignorancia, puede pensar esas bobaliconerías. Y atiende por lo que te llamo ignorante. No es por la redaccion de tus escritos, que aunque bastante mala (pues nunca *lo Anónimo* escribió con limpieza), yo no me paro jamás en esas pequeñeces, tratándose de los demás; no es tampoco por la intencion, indudablemente sanísima y honradísima que los inspira, y que siempre es respetable proviniendo del que desempeña una funcion de la racionalidad, como es el escribir. Te llamo ignorante porque revelas un desconocimiento lastimoso de lo que es el corazon humano. De aquí mi propósito de refundir y personificar tus cien máscaras en su verdadera esencia de *lo Anónimo*, para ver si te hago reflexionar sobre tí mismo, y en todo lo que constituye el misterio viviente que se llama sér humano, bien que esté al principio, ó al fin de la escala, con sonatos de racional, ó con perfecciones de razon.

En general, respiran tus garrapatos una sencillez, una inocencia, un candor, una tan dulcísima beatitud instintiva, que no me tuviera por criatura amante del progreso sino intentase darte algun conocimiento sobre los séres humanos. Siempre dices que lo que dices lo va á encontrar nuevo el entendimiento de la persona á quien te diriges, y que conoces las interioridades de su vida y de su conciencia. Cuando me escribas á mí, dirás, por ejemplo, que sabes que mis ojos andan de mal en peor por el camino de las enfermedades, y hasta me darás señas de los séres de mi familia. ¿Pero calabazon, no ves que esto lo sabe todo el mundo que quiere tomarse el trabajo de mirarme la cara, ó preguntar á cualquiera que me conozca? Dirás, como si lo viera, que soy una empedernida materialista, porque soy una endiablada libre-pensadora, y aun harás dibujos y ringorrangos de estilo prediciéndome catástrofes y penas acá, penas y tormentos allá, y hasta me invitarás á enmendarme á toda prisa. Con lo cual, te quedarás tan ancho, creyendo que me conoces y me asustas. ¡Pobrecillo!

Mira si el afan de enseñar al que no sabe estará arraigado en mi alma, que voy á darte el gustazo de que me veas un pedacito de conciencia para que me conozcas bien, y no presumas, en tonto, como hasta aquí. ¡Asómbrate! Me voy á confesar contigo, para demostrarte toda la profundidad de tu ignorancia, que no ha logrado penetrar la corteza en que tratas de clavar el diente. Supones que yo nacida en el catolicismo, criada en un hogar con ciertos ribetes de carlista, como los tenian todos los

hogares de antiguo abolengo, acostumbrada durante mi primera edad al *Todo fiel Cristiano*, rezadora en mi infancia de aquello de *cuatro esquinitas tiene mi cama*, he entrado en lo que llamas camino de perdición, y denominan por ahí fuera libertad de pensamiento, sin que se librasen titánicas batallas en el fondo de mi conciencia. ¡Infeliz! ¡qué sabes tú lo que son batallas de conciencia! ¡Y aun estoy por añadir que no sabes tú lo que es conciencia! ¡Si estoy por creer que tomas como tal un estado patológico del espíritu! ¿Quieres que te cuente, para ilustración de tu romo entendimiento, un sueño que tuve y lo que de él deduje, cuando las primeras aspiraciones de mi alma se sublevaron, revelándose dentro de mi conciencia católica? Pues oye, y aprende, que buena falta te hace, para que sepas quién soy yo.

Me ví suspendida al borde de un abismo. Enfrente de mí había una mujer hermosísima, vestida de azul y blanco, hollando con su planta una luna y coronada de estrellas. Creo que por las señas habrás conocido la imagen de la Purísima Concepción. En su mano tenía una varilla de oro, á cuyo extremo brillaba un grueso diamante: en una de sus facetas veían mis ojos escenas del paraíso, prodigiosamente aumentadas por los irisados esplendores de la preciosa piedra; en las demás facetas descubría un hogar campestre, en cuyo fondo una viejecita, sumamente aseada, torcía los hilos de un copo blanco como la nieve. ¡Cosa extraña! Aquella viejecita era yo misma, que revelaba en mi semblante la paz de una existencia inalterable: sobre mi falda iban depositando flores una turba de nietecillos. La imagen tenía en la otra mano una profesión de fé compuesta del credo católico, los sacramentos, bienaventuranzas, etcétera, etc., y, como te he dicho, se hallaba al borde del abismo, rodeada de una porción de angelotes enteros (te hago esta advertencia porque los que suelen rodear á las imágenes están cortados por el pescuezo). Aquellos angelotes ¡segunda extrañeza! eran también yo misma, ó mejor dicho, los espectros míos en todas las diferentes etapas de mi niñez; cuando iba á la escuela y me daban por premio estampitas de santos; cuando hice mi primera confesión y me tuve por horriblemente pecadora por escamotear algunas onzas de chocolate en la dispensa de mis abuelos; y, en fin, por no cansarte, aquellos angelotes me mostraban mis merecimientos católicos, pero tan á lo vivo, que no se diría sino que estaba viendo mi vida entera del pasado infantil. Yo seguía suspendida sobre el abismo: las rubias trenzas de mis cabellos, enredadas en unos escaramujos, que se llamaban timidez, modestia y desconfianza, me tenían un si es no es aprisionada. A mi alrededor no había mas que sombras y silencio, en el fondo del abismo se delineaba un panorama fascinador, pero espeluznante. Era una ciudad populosa y extendida; las fábricas, los trenes, el movimiento de una industria prepotente, mezclados con los apacibles encantos de parques y jardines, se cruzaban y se retorcian en calles, plazas, paseos y campiñas; por todas parte la expansión, la alegría, el bienestar; las notas, los colores y la vida, se vertían á torrentes sobre aquel emporio de progreso y civilización, y ¡cosa chocante! por un fenómeno de óptica, entre aquellos infinitos detalles de actividad, yo no me fijaba mas que en un punto, casi microscópico, que representaba una mujer de mediana edad, caminando fatigosamente con las manos extendidas. Estaba ciega. Los andrajos que llevaba y el barro seco que cubría sus desnudos piés, denotaban que traía larga caminata. Se paró en la esquina de un edificio, preguntó algo en su puerta, y se entró en él. Toda la fábrica se hizo entonces para mí como de cristal, y ví que aquella mujer estaba en un hospital. Al alzar la cabeza para que vieses sus ojos, me contemplé á mi propia.

Sí; caballero lo *Anónimo*; no te maravilles de tales repeticiones de mi persona; en los sueños son frecuentes estos sucesos. Era yo misma, pobre de pedir limosna por caminos y enrucijadas, que, ciega, sola, enferma, arapianta, súcia y miserable, tomaba un número en aquel establecimiento benéfico: Allí en una mísera cama, en-

tre una recién operada que ponía el grito en el cielo y una anciana que agonizaba, me ví tendida con todos los honores debidos á mi rango de libre pensadora. Allí me veía con la perspectiva de un fin solitario, doloroso, intranquilo, pues para mayor escarnio aquel hospital era católico (como habrás podido suponer por la explicación) y, so pena de ser tratada peor que un perro, no tendría más remedio que llevarme al otro mundo todos mis deseos de absoluta emancipación de conciencia, y ser una hipócrita redomada.

Y era el caso, que la imagen de la virgen me tendía la varilla, para que me agarase á ella y conquistara aquel diamante tan grueso, que me ofrecía una vejez venturosa deslizándose en una soñolencia de hilandera, igual, monótona, rutinaria, oscura, rodeada de una vulgaridad reposada apacible y positivamente feliz y después todas las nefables delicias del paraíso apostólico. Para inclinar mi vacilante voluntad, la virgen me mostraba los méritos adquiridos por el catolicismo de mis primeros años, representados por los angelotes de marras; cuando yo volvía hacia abajo la mirada, seguía viendo aquella ciudad llena de seres indiferentes á mi sufrimiento; aquella sociedad repleta de alegrías, de expansiones y de prosperidades, muchas de las cuales quizá fuera obra de los que militamos bajo las banderas del libre pensamiento, y que, sin embargo, no me daba más que una pobre cama de su hospital, y la perspectiva de servir para estudio de la ciencia médica en alguna mesa clínica; y esto á cambio de una final apostasía de mi conciencia libre.

¡Horror! El cabello se me erizaba sobre la frente, pero no alargué la mano hacia el diamante, sino que, poco, á poco, venciendo timidez, modestia y desconfianza, fui deslizándome hacia el abismo. Crucé primero una región de sombras. En ella oí un concierto de careajadas, coreando una risa aguda de lástima y de burla, que resonaba muy cerquita de mí, entre las mismas sombras. Pasé sin fruncir siquiera el ceño por entre aquellos amenazantes desprecios íntimos, que allá en mi corazón no hallaban eco ninguno, porque eran unos desprecios á los cuales estaba acostumbrada hacia ya tiempo, y que, al manifestarse en palabras, pronunciadas con el temblor de la ira, y (te lo diré también de la impotencia ante mi actitud firme y decisiva), sonaban estridentemente en mi razón para afirmarme más y más en la repugnancia y antipatía que me inspiraban los que me las decían. Al salir de aquella esfera de sombras y de abrojos agudos y penetrantes, como punzones enrojecidos, llevaba el alma ahogada entre las olas de un mar de hieles, y algo al rededor de mi garganta como una argolla de hierro que, oprimiéndola, estrujaba en ella los latidos tumultuosos y violentos del corazón. Después entré en otra luminosísima etapa, donde llovieron sobre mí coronas de laurel y ramos de rosas, alternando con prolongados y estrepitosos aplausos; después crucé una región de fuego, en donde los himnos á la libertad se suspendían ante los estampidos del cañon, y donde los discursos de los tribunos del pueblo levantaban tempestades más terribles que las de los trópicos. Allí me ví como en volandas conducida á una cátedra, donde desfogué en disertaciones inacabables mi monomanía de enseñanza. ¡Que hablar! Mi voz enroquecía; mis ojos se dilataban en sus órbitas: en el fuego de la improvisación salían de aquellos párrafos innovaciones verdaderamente trascendentales para el porvenir de la mujer; todo el fárrago de conocimientos, aprendidos á vuela-libro en mis horas de ocio, salieron á relucir para probar la capacidad intelectual equivalente del sexo femenino: su derecho de participar de todos los destinos del hombre, su responsabilidad moral aneja á su libertad, equiparada con la del otro sexo á otra porción de lindezas como las presentes. ¡Aquello era un delirio! ¡El público me llevaba en triunfo, y las transformaciones en las leyes y en las costumbres iban ganando cada vez más terreno. Por fin, yo me fui cansando de tanto hablar, y, por otra parte, ví que muchos de los que me habían seguido á

Los principios del camino, empezaban á enmudecer y á recoger otra cosa mas provechosa que la de los aplausos. Me parecí semejante á la chicharra, que pasa cantando todo el verano, sin acordarse del invierno, é imaginé que aquellos libre-pensadores que veía repletos, eran las hormigas que, mientras yo cantaba, habian ido recolectando el trigo. Mi frugalidad me salvó de la grosera metalizacion, y seguí bajando más aprisa.

Los primeros silbidos los escuché una vez que quise convencer á mi auditorio de que, el que ama sinceramente á la libertad, no debe amar al dinero. Indudablemente yo habia pasado de moda. Empecé á sentir frio; hambre y la tenia. Busqué un hogar donde refugiarme y tropecé con el de una buena y noble anciana, que al verme me dijo:—Mientras tu delirabas, yo te preparé la comida.—Gracias, la contesté, mientras tragaba un pedazo de pan. Llegó un varon respetable, que con ella vivia, y al verme exclamó:—«¿Vuelves ya escarmentada? ¿que tal ¿no te decia yo que solo hallarias por el mundo explotadores y egoistas? retírate, que no te vean mis subordinados, porque mi posicion social no me permite arrostrar el ridiculo; te daré albergue en una de mis posesiones, siempre y cuando que mudes de nombre.»—«Que Dios se lo premie,»—contesté trémula de satisfaccion, al ver que tenia alimento y estancia, que despues de todo son las necesidades más esenciales á nuestra condicion de comientes y durmientes... Pero el caso fué, que aquel picaro abismo me atraia.

Satisface mi hambre, descansé largas horas y, muy bonitamente me escapé de aquel hogar, para seguir deslizándome al fondo, mientras á grito pelado, exclamaba !*Viva la libertad!* Mis palabras debieron ser muy subversivas; sin duda, mientras yo dormia habian cambiado los tiempos; cayó sobre mí una verdadera lluvia de piedras y de barro.—«¡A esa! Ahí vá!»—gritaban los rapaces, mientras algunos ciudadanos me arrojaban al rostro la epístola de San Pablo: aquello fué la huída de un perro rabioso. Yo corria gritando *viva*; y por todas partes me contestaban *muera*; al fin me agarraron. Convenientemente sujeta, fui llevada ante un tribunal; allí se me dijo que se hacia justicia me preguntaron no sé qué, respondí no sé cómo; declararon una infinidad de testigos en contra mia, los primeros los más inmediatos; y entre calificativos injuriosos, hipócritas lástimas, pueriles lamentaciones, ofensiva compasion y razonamientos acomodaticios, se me declaró víctima de extravío mental, comprobado desde mis tiernos años, cuyo extravío habia ido en aumento por circunstancias especiales, trasformándose en demencia con ataques furiosos, que se consideraban como un peligro eminente para mis conciudadanos; por lo cual se me condenó á ser encerrada en un manicomio, y, acabándose aquel juicio de los jueces de justicia, fui llevada al establecimiento. Allí todos los métodos antiguos y modernos para curar las enfermedades mentales cayeron sobre mi cabeza; ligaduras, látigo, duchas de nieve, calabozo, atraillamiento con otra compañera, música clásica, recitado de poesías, disertaciones sobre la razon dadas por un loquero erudito y saraos con los demás pensionistas; todo fué ensayado inútilmente; pues al finalizar de cada prueba, yo respondia con un ¡*viva!* á la libertad.

Declarada de remate me dejaron en paz, y un dia me escurrí suavemente del manicomio. Quiso la suerte que diera con una turba que andaba haciendo desaguizados con todos los faranduleros que habian metido en cintura, digo, en reaccion, al sufrido é ignorante pueblo, despues de aquellos conatos de libertad en los cuales yó tomé alguna parte, en las primeras etapas del abismo por donde bajaba; y como quiera que aquellas turbas gritaban ¡*viva la libertad!* me dije:—«Estos son los míos;»—y héteme que, saltando barricadas, hollando cadáveres, ensangrentados los piés, embarado el rostro, al viento el desgredado cabello con una bandera de *Venganza y represalias* entre mis manos, brillante la mirada por el ánsia del vencimiento, y tré-

mula la voz en fuerza de alentar al combate y al exterminio, caí de lleno al fondo de la cima, y, rodando unas veces hasta el fango de sangrienta bacanal, y subiendo otras hasta la apoteosis de la heroicidad, me vi al fin y al cabo en la noche sombría de una ceguera incurable, envuelta en la oscuridad sin límites, y tan indescifrable como la muerte, cantando con doliente voz unas coplas llenas de ripios y de empalagoso romanticismo, al son de una destemplada guitarra.

Vine, pues, peregrina, harapienta y agobiada por un caminar incesante, vagando de pueblo en pueblo, mascullando un día el pan de la caridad, otro arrancando con mi canturía un óbolo roñoso en algún meson ó cantina; con frío muchas veces; quemada por el sol otras; desgarradas mis plantas con el pedernal de las sendas; durmiendo bajo los arcos de los puentes, ó en los pajares de las aldeas; y por doquier desconocida y despreciada, excitando repugancias, grosera compasion, burlas y equívocos, pero ni una sola vez lástima, cariño ó estimacion. Errante, sola, helados los entusiasmos de la imaginacion por el hambre de mis días y los insomios de mis noches; rechazada de puerta en puerta; sin hallar mi hogar, que habia desaparecido con la muerte de una anciana y la emigracion de un varon sensato; sentí en el fondo de mi corazon el primer aviso de la muerte, que oprimia con mano dura y fria aquel motor de la vitalidad y de sentimiento. Entré en el hospital; recapacité hondo y despacio; volví la mirada de mi inteligencia allá arriba del abismo, donde se quedaron las vacilaciones de mi conciencia, católica y los recuerdos del pasado que surgian ante mí con luminosísima aureola; pensé mucho, analicé más; hice balanza con mis palabras y mis acciones, con mis acciones y mis pensamientos; busqué todas las reminiscencias de los acontecimientos que se habian ido sucediendo sobre mí; y en aquel lecho, sin mas personalidad que la de un número, oyendo el extertor de una moribunda y los quejidos de una doliente, decidí reconcentrar todas las energías de mi alma para huir mis miembros en la hora postrera de su vitalidad, de aquel óleo con el cual me ungirian consagrándome en el momento de morir, forzosa y violentamente, dentro de una comunión sectaria y supersticiosa, como habian consagrado, con violencia y á la fuerza, mi entrada en la vida, con el agua que chapuzó mi cabeza sin razon ni motivo.

¡Oh! allá, dentro del último átomo vibrátil de mi voluntad, anonadada por el dolor, la extenuacion y la soledad, surgió una centella de fuego, que enrojeciendo mis descarnadas mejillas, titilando en los opacos cristales de mis ojos, rugiendo como fiera encadenada en el palpitante corazon que era estrecho para deslizar de sus cavidades la sangre ardorosa que lo llenaba, me confirmé en todas las creencias y aspiraciones de mi vida, y me predispuso á sellar con la postrera rebelion toda la série de rebeliones que habian constituido mi espíritu. Así me encontró la última hora. Sentí el frío de la muerte invadiendo mis manos y mis piés, que subia, como marca de océano helado, hasta los senos de mis entrañas; sentí desgajarse dentro de mí las postreras vitalidades que arrancan de los sentidos el finido de las sensaciones; se fueron apagando los ecos que tarbaban el fondo de mi cerebro; me hallé con que la noche de mis ojos se hacia mas honda y mas negra; y aún encontré fuerza en el macilento corazon que latia perezoso, para enmudecer el quejido de mi agonía, con el fin de que se quedara mi cadáver sin ungir por accion de mi libre albedrio... Pero alguien debió notar los cianóticos signos de mi rostro, y bien pronto se rodeó mi lecho de seres que yo sentia, mas como intuicion que como realidad. Sobre mi frío cuerpo sentí resbalar el aceite, el sello que remachaba en mi conciencia los grillos de mi esclavitud; y ante aquella profanacion de mi voluntad, se galvanizaron los músculos, que ya se hundian en los primicias de su trasformacion, y, como autómatas impulsados por un resorte, lanzando el último aliento con mis palabras, me incorporé gritando: *¡Viva la libertad del pensamiento!*

Cafí cual masa inerte, y, cuando me reconcentraba en los umbrales del vacío, para preparar mi alma al triunfo definitivo de su potencia ultra-terrestre, desperté cubierta de sudor, fría, acongojada. «¡Qué sueño!» —dice,—y me quedé pensativa. Luego la realidad se hizo á mi lado; entró mi pensamiento en los círculos de la vida, y... sigue aprendiendo, pobre hombre.

Tengo el hábito de reflexionar sobre todo: mis horas son una especie de diccionario, donde se clasifican minuciosamente acciones y palabras, propias y ajenas. De todas sus páginas voy entresacando la lógica, y con ella formo reglas para mis deducciones. A fuerza de no dejar nada del pasado sin analizar; he llegado á poseer un don de intuición maravilloso. (Conste que no tengo abuelas, y que si estuviéramos en los tiempos bíblicos ya me hubiera propinado el título de profeta.) Pues bien, y volviendo al asunto, un sueño como el explicado era imposible que no fuese clasificado por mí, no para interpretarle, que no llega á tanto mi pretension, sino para conocer su raíz, es decir, su causa. Como lo primero que hay que tener en cuenta, mientras permamecemos en la tierra, busqué la parte física del hecho. No había cenado: luego su origen no era digestión perturbada. Tampoco había trabajado mentalmente hacia algunos días: luego no podía haber sobreexcitación inmediata. Mi vida, tranquilísima desde algunas semanas, me aseguraba un perfecto equilibrio de mis fuerzas: había que buscar mas en lo hondo. Aquel sueño era uno de esos que son el caballo de batalla de los grandes fisiólogos. Por la revelación, y todas las zarandajas con que le hubieran justificado los místicos, no era posible buscarle causa; porque, dado su final, la divinidad y sus adeptos no salían muy bien librados. Veamos si logro explicarte clarito el por qué de aquel sueño, tal y conforme se puede clasificar en sana ciencia.

Tú sabrás, y sino lo sabes lo buscas en los fisiólogos de fama (y yo te lo confirmo con experiencias que tengo hechas sobre animalitos) que el cerebro es á modo de una máquina fotográfica, donde los sesos representan el cristal ó plancha negativa. En él, digo, en ellos, van quedándose, como si dijéramos, estampadas todas las imágenes, armonías (y aquí ya se parece mas á una hoja de estaño del fonógrafo) y sucesos que se cuelan por los cinco: y hasta por los seis sentidos, pues sábete que algunos sábios añaden otro mas al cuerpo humano. Allá, impreso, fotografiado, empapelado, encuadernado, ó como quieras, con tal que lo resumas en el verbo guardar, se queda en nuestros lóbulos cerebrales todo, todito cuanto nos rodea, desde que nacemos. La inmensidad inconcebible de átomos receptores que contamos en nuestra cabeza, se van sucediendo ó asomándose á las claravoyas de los sentidos, conforme van recogiendo impresiones, y, con un «quitate tú para que me ponga yo,» nuestro cerebro va retirando á sus desvanes todas las ideas adquiridas, con sus modos, tiempos y espacios, dejando átomos fresquitos, es decir, cristales recién bañados de colodion, dispuestos á recibir nuevas ideas. Y hé aquí el misterio que persigue en vano la fisiología: nuestros sesos suelen armar con frecuencia grandes revoluciones, pongo por caso. Las ideas viejas cansadas de estar metiditas en la oscuridad, se les suben á las barbas á las nuevas; estas se defienden con brio, y entre la gresca de los átomos se arman reñidas batallas en ambos hemisferios cerebrales: vienen á suceder, poco mas ó menos, lo que pasa entre los hombres. Pero lo prodigioso de estas revoluciones ó motines es que siempre, siempre, suceden ó durante el sueño, ó cuando se tiene calentura, ó cuando se ha vuelto uno loco. Del pasado y el presente se forma una mezcolanza, en la cual las partículas guardadoras de las sensaciones, andan á puñetazo limpio para erigirse, cada una por su lado, en árbitros de la capacidad cerebral, y en esta conmoción espantosa de átomos, salen tan mal librados el pasado y el presente, como el porvenir: hé aquí aquel sueño mio reducido á un momento fisiológico sin definir todavía en su origen, pero completamente interpretados sus efectos.

(Se continuará)

ROSARIO DE ACUÑA.

GRACIA.—Imprenta de Cayetano Campins, Sta. Madrona, 8 y 10.